



# EL ECO DE CARTAGENA

Año XXXIV

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm 9822

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24

CONDICIONES:

En la Península.—Un mes, 2 pts.—Tres meses, 6 id.—Estranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

MIÉRCOLES 1 DE AGOSTO DE 1894.

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin, 61, y J. Jones, Faubourg Montmartre, 31.

## HUERTAS Y JARDINES

Gran cultivo en harramental agrícola arados, espino artificial, palas, azadas comunes, azadas para viñas, letones, azadillas, azadores de plantas, horquillas, crofsks, bombas, bombitas, fuelles para azufrar, tijeras para podar.

Efectos de adorno y recreo, macetas y macetones en diferentes y artísticas clases, pedestales, jardineras, caprichos de surtideros, sillóns, baños, mesillas y mecedoras, amacas, mueble utilísimo y de exquisito confort para pasar cómodamente las calurosas siestas del estío.

TODO EN EL MUSEO COMERCIAL.—PUERTA DE MURCIA, 88, 40 Y 42.

## OFENSAS GRAVES Y HERIDAS LEVES.

(Colaboración inédita.)

Aquellos de los lectores que en momentos de ocio ó de aburrimiento leen para su regocijo y deleite, las reseñas de las sesiones que «tienen lugar»—según dicen varios de nuestros escritores que pasan por «distinguidos»—en la Cámara francesa, saben que se han batido recientemente dos diputados y periodistas: Clemenceau y Deschanel.

Valiente prestigio ha obtenido el último en el duelo, que en nuestra contienda combatimos todos, y que nadie rehúsa, sin embargo, cuando el caso llega!—Las ofensas habían sido graves. Partieron de Deschanel que puso á Clemenceau como no digan duéñas ni diputados franceses. Le acusó de muchas prevaricaciones y de no pocas influencias. Le acusó, eso sí, con gran valentía, como si estuviese persuadido de que lo que decía y el evangelio eran, en punto á verdad, una misma cosa. Y Clemenceau, que es maestro de oficio, le llamó en su propio periódico, el último de los miserables, el primero de los canallas, embustero, cobarde... y otras lindes por el estilo. Y los que mu-

tuamente se recriminaron; los que como hoja de perejil se pusieron, no opusieron obstáculos al arreglo de un lance. No tuvo ninguno de los dos, que á sí propio se juzgaba incorruptible, inconveniente en reñir con el otro, con el ejemplar canalla. Vean ustedes por donde la tan decantada igualdad del duelo, no sirve más que para que los hombres que se juzgan honrados, desciendan hasta los que califican de más envilecidos canallas.

Y bien, Batiéronse ambos diputados franceses. Y la sangre no enturbió la corriente del Sena, por la sencilla razón de que no llegó la sangre al río. Únicamente «hubo que lamentar» un leve rasguño que sufrió en la cara Mr. Deschanel.

Y si los contrincantes, mediante la leve herida, se han hecho amigos, resultará que tan injusto fue el uno como el otro al propinarse mutuas y tremendas injurias. Y si han quedado adversarios, tendrán que serlo más implacables aun que antes del duelo. En cuyo caso de nada habrá servido el oscúndalo ni el duelo mismo.

Esto de los lances de honor es un resto de romanticismo, á lo caballero andante, que todavía nos queda, especialmente á los latinos. Todo tienda al positivismo, desde la política á la literatura. En todo impera lo que homopadamente se llamar «sentido práctico» que es, muchas veces, sentido de inmundicia es candalosa. Sólo no cambia el duelo en su manera de batirse. Lo que hay es que antes se reñía por una mujer amada, y hoy se pelea... por dos ó tres pesetas. Lo cual constituye un positivismo de menor cuantía.

CALIXTO BALLESTEROS.

## LECTURAS

### EL SIGLO XX

Entre las ingeniosidades que contiene el famoso libro de Max Nordau, de

generación, del cual libro hemos copiado ya algunos párrafos, ninguna tan curiosa como el pronóstico que hace el autor acerca de lo que será la sociedad en el siglo XX, si es que entonces sigue en aumento la epidemia neurasténica, estudiada por el doctor alemán:

«Es posible—dice—que la epidemia no haya llegado aún á su apogeo. Si llega á ser más violenta y á aumentar en extensión y profundidad, ciertos fenómenos que ahora aparecen como excepciones ó como indicaciones á lo sumo, aumentarán terriblemente y seguirán su desarrollo lógico, y otros que actualmente se observan solamente en los asilos de alienados pasarán al estado de costumbres cotidianas en clases enteras sociales. La vida ofrecerá en este caso, sobre poco más ó menos, el cuadro siguiente:

Cada ciudad importante poseerá su Club de suicidas. A su lado habrá otros Clubs para el asesinato recíproco por estrangulación, horca ó arma blanca. En vez de las actuales tabernas, habrá establecimientos destinados á los consumidores de éter, de cloral, de nalta ó de haschich.

El número de personas que sufren aberraciones del gusto ó del olor habrá llegado á ser tan considerable, que se convertirá en negocio lucrativo establecer tiendas en que puedan absorber en ricos vasos, toda suerte de malos olores, y respirar en el seno de un recinto que no hiera ni su sentido de la belleza, ni sus costumbres de bienestar, perfumado de pedredumbre y de escrementos. Se crearán multitud de nuevas profesiones: la de los inyectores de morfina y opio; la de los comisionistas que, apostados en las esquinas, ofrecerán el brazo á las personas acometidas del poder de los espasmos para hacerles atravesar las calles y las plazas; la de los hombres de compañía, encargados de tranquilizar, por medio de vigorosas afirmaciones, en medio de un acceso de angustia, á los enfermos propensos á la locura de la duda, etc.

La irritabilidad nerviosa, acrecida más allá de la medida actual, hará reconocer la necesidad de ciertas medidas de protección. Teniendo en cuenta la frecuencia con que personas sobreexcitadas, sin poder resistir á un impulso súbito, han matado desde sus ventanas, por medio de fusiles de viento, y á ve-

ces sin tratar de ocultarse han atacado abiertamente, á pilluelos de la calle, que lanzaban silbidos estridentes ó gritos agudos, ó han asaltado la casa del vecino, en donde varios aficionados se ejercitaban en el canto ó en el piano, llevándolo todo á sangre y fuego, ó han ejecutado atentados con dinamita contra los tranvías cuyos conductores tocaban la catapana (como en Berlín) ó silbaban; se prohibirá por medio de la ley silbar ó alborotar en la calle, y se construirán, para los ejercicios de piano y canto, edificios especiales, de tal suerte dispuestos, que nada se oiga por fuera; los coches públicos no tendrán derecho á hacer ruido, y se impondrá el más severo castigo á los poseedores de fusiles de viento.

Como quie ra que el ladrido de los perros habrá impulsado á muchas gentes á la locura y al suicidio, aquellos animales no podrán tenerse en las ciudades, á no ser que se les deje mudos cortándoles el nervio correspondiente. Una nueva legislación sobre la prensa prohibe, con las penas más severas, que los periódicos den cuenta detallada de violencias ó de suicidios. Los redactores serán responsables de los errores cometidos, á imitación de sus reseñas.

Max Nordau se extiende haciendo cálculos sobre el desarrollo de extrayíos eróticos de que ha de ser—si Dios no lo remedia—testigo el siglo XX:

«El pudor y la continencia—dice después de una enumeración de que hacemos gracia al lector—serán considerados como supersticiones muertas del pasado, que sólo se presentarán como casos de atavismo en los habitantes de algunas ciudades atrasadas.

La capacidad de atención y de recogimiento habrá disminuido tanto, que la enseñanza en las escuelas será de dos horas por día; ningún espectáculo público, como el teatro, conferencias, etc., durará arriba de media hora.

En el plan de estudios quedará casi completamente suprimida la educación intelectual, reservándose la mayor parte del tiempo á los ejercicios corporales, solo divertirán en la escena las representaciones eróticas sin velo y los crímenes sangrientos, en los cuales tomarán parte víctimas voluntarias, que aspiran al placer de morir entre los aplausos de delirantes espectadores.

Tendrán pocos adeptos las antiguas religiones. En cambio habrá gran número de comunidades, cuyos miembros, en vez de sacerdotes, contarán con adivinos, evocadores de muertos, brujos, astrólogos, quirománticos, etc.

Los libros actuales habrán pasado de moda. No se imprimirá más que en papel negro, azul, dorado ó de otro color, palabras aisladas é incoherentes, á menudo nada más que sílabas, letras ó solamente cifras, cuya significación simbólica habrá que adivinar por el color del papel, la forma del libro, el tamaño y la naturaleza de los caracteres. Los escritores buscarán la popularidad facilitando la comprensión, añadiendo al texto arabescos simbólicos ó impregnando el papel de determinado perfume. Pero esto llegará á ser vulgar, y por consiguiente, poco estimado. Algunos poetas publicarán letras aisladas del alfabeto, ó solamente hojas coloreadas, en las cuales no haya absolutamente nada, y que, sin embargo, provocarán la más grande admiración. Habrá Sociedades que tendrán por objeto interpretar tales obras, y su entusiasmo llegará á ser tan fanático, que unas contra otras se entregarán á combates frecuentemente mortíferos...

Esto será—según el autor—en un porvenir próximo el estado de la humanidad civilizada, si la fatiga, el agotamiento nervioso, las enfermedades y la degeneración que ellos producen siguen haciendo progresos.

Max Nordau no cree, sin embargo, que se llegará á tales monstruosidades. Según él, los degenerados, los histéricos, los neurasténicos están llamados á desaparecer, porque ni pueden adaptarse á las condiciones de la naturaleza ni de la civilización, ni sostener contra los seres sanos la lucha por la existencia.

Los fuertes, que están en mayoría, conseguirán acomodarse á las condiciones de la nueva vida, y el fin del siglo XX verá, sin duda, una generación á la cual no perjudicará en lo más mínimo leer diariamente una docena de metros cuadrados de periódicos, servirse constantemente del teléfono, pensar simultáneamente en las cinco partes del mundo, habitar á medias en un vagón ó en la barquilla de un aerostato y mantener relaciones con un círculo de

EL I AUREL DE LOS SIETE SIGLOS. 249

quien rodeaban sus walls por la puerta de Bib al-Malek (1).

Su estandarte rojo conducido por su alférez flotaba orgulloso, manchado con la sangre de cien victorias, y sus walls Naim-Reduan y Mohamet-Ebn Zaid auguraban un triunfo seguro en lo centelleante de su traje, y en lo galano de su apostura.

Cabalgaba el emir en Samyel, ricamente encubertado, sobre su batalla, con gualdrapas de escalati; sus armas, su sobrevesta y su alquicel eran las unas doradas, las otras de brocado de oro sobre fondo verde; en su almcte ondulaba al viento un airon amarillo en señal de venganza, sujeto con un joyel de esmeraldas y diamantes; en su broquel se leía en caracteres cúficos este mote: *Por ella y por mi esperanza; y en su diestra, á pesar de que una idea siniestra le hacía eñejosa la memoria de Gastón de Vargas, blandía la fuerte pica de batalla del joven.*

Nada revelaba en el semblante del emir la desesperación de su alma; su expresión era como siempre serena, magestuosa, llena de la fuerza de voluntad que llevaba confianza á sus soldados al combate; se hallaba en todas partes, atendía á todo, todo lo prevenía, y sin embargo, un infierno de celos y desespe-

(1) Puerta del Rey, hoy puerta Real.

252 BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA

Y se aproximaban lentamente uno á otro los dos ejércitos, y los muros de Santa Fé, así como los de Granada, estaban cubiertos de muchedumbre de curiosos, de mages y de ancianos que con el alma suspensa esperaban la arremetida.

En tanto, en la torre de la alcázar el rey Abou-Abdillah contemplaba los ejércitos enemigos avanzando en buen orden, con la misma indiferencia que si asistiese á un torneo.

Al fin los ginetes de entrambas partes agujieron sus caballos, espesos remolinos de polvo cubrieron la batalla, y al grito de *¡Santiago y cierra España!* por los cristianos, y al ronco clamor de guerra de los musulmes, al sor de las trompetas y de los tambores, con las lanzas bajas y las adargas al pecho, cerraron los dos ejércitos, y la tierra tembló bajo los pies de los caballos, y el fragor del choque retumbó en los lejanos horizontes como si se hubiesen encontrado dos montañas de hierro.

Y al principio todo fue confusión, alaridos, torbellinos de polvo y humo; cayeron les más débiles lanzados de los arzones, rompieron las picas los más esforzados, cubrióse la tierra de adargas y armas rotas, y sobre todo esto escuchóse el seco estampido de las bombardas y las descargas de la arcabuceria.

Y luego los ginetes se arremolinaron y volvieron á tomar campo, y se embistieron de nuevo, y resona-

## XV.



Al amanecer de aquél día Granada despertó al ruido de las armas y de los atabales; en cuadrones cerrados de ginetes y peones estaban en forma de batalla delante de las puertas que dan á la vega, los muedenes llamaban á los fieles, no como usualmente, á la oración, sino al combate.

Y eran de ver los vistosos colores de aquella multitud de banderas, los penachos de los caballos, las galas de walls y arrayaces, la autoridad de los reyes que ordenaban las haces y el lucido escuadrón de almogavares que salieron en pos de Muza, á